

## CONFERENCIA

---

### **Benedicto XVI, “padre de la Iglesia” de la modernidad: Revelación e historia**

**La decisiva contribución ratzingeriana a la enseñanza del Concilio Vaticano II sobre la revelación como acontecimiento personal y sobre la Iglesia como comunión de los santos\*<sup>1</sup>**

**Benedict XVI, a “Father of the Church” for the Modernity: Revelation and History  
Ratzinger’s Decisive Contribution to the Second Vatican Council’s Teaching about the  
Revelation as Personal Event and about the Church as the Communion of the Saints**

Juan Antonio Martínez Camino\*\*

Académico de Número de la Sección de Teología de la Real Academia de Doctores de España

[mons.martinezcamin@gmail.com](mailto:mons.martinezcamin@gmail.com)

#### RESUMEN

Benedicto XVI puede ser considerado un “padre de la Iglesia” de la Modernidad porque, así como los padres de la Iglesia respondieron en su tiempo prototípicamente a la Palabra encarnada y evangelizaron la cultura grecolatina, también él ha prestado una contribución decisiva a la respuesta que la Iglesia de nuestros tiempos da a Cristo en orden a la evangelización de la cultura moderna. La Iglesia - según Ratzinger - responde al anhelo de libertad del hombre moderno acercándole el supremo acontecimiento histórico personal de la libertad divina y humana que es la revelación/salvación de Dios en Jesucristo. Como comunidad viva de personas unidas en Cristo (comunión de los santos) ofrece una esperanza fiable al ser humano que, más allá de las utopías liberales y socialistas, busca un sentido para la vida de una Humanidad tan marcada por la violencia destructiva de la convivencia y de la Tierra misma.

**PALABRAS CLAVE:** Benedicto XVI, Joseph Ratzinger, Concilio Vaticano II, padres de la Iglesia, Modernidad, Jesucristo, evangelización, revelación, salvación, santos, liberalismo, socialismo, libertad, esperanza.

#### ABSTRACT

Benedict XVI can be considered a “Father of the Church of the Modernity” because, as the Fathers of the Church responded prototypically to the Incarnate Word back in their time and evangelized Greco-Latin culture, he has also made a decisive contribution to the response of our times Church in order to evangelize modern culture. According to Ratzinger, the Church answer to the modern mankind desire for freedom by bringing to the supreme personal historical occurrence of Divine and human

---

\* Sesión académica de la RADE celebrada el 28-06-2023 con el título *Joseph Ratzinger-Benedicto XVI. Universitario, teólogo, pontífice.*

\*\* Obispo auxiliar de Madrid

<sup>1</sup> Este texto recoge de modo más desarrollado y fundamentado lo dicho sintéticamente en nuestra aportación a la sesión de la Real Academia de Doctores de España sobre Benedicto XVI que tuvo lugar el 28 de junio de 2023. Fue también el contenido de nuestra contribución al coloquio sobre el mismo tema celebrado en el marco de los Cursos de La Granda el 23 de agosto de 2023, cuyas actas están en imprenta: Juan Antonio Martínez Camino (Ed.), *Benedicto XVI, padre de la Iglesia y doctor de la esperanza*, BAC, Madrid 2024.

freedom, which is the revelation/salvation of God in Jesus Christ. As living community of people united in Christ (communion of the saints), it offers reliable hope to human being who, beyond liberal and socialist utopias, seek meaning for the life of a humanity so marked by the destructive violence of coexistence and the Earth itself.

**KEYWORDS:** Benedict XVI, Joseph Ratzinger, Second Vatican Council, Father of the Church, Modernity, Jesus Christ, Evangelization, Revelation, Salvation, Saints, Liberalism, Socialism, Freedom, Hope.

## INTRODUCCIÓN: EL PAPA RATZINGER, “PADRE DE LA IGLESIA”

---

El título de “padre de la Iglesia de la Modernidad” le ha sido dado a san Juan Enrique Newman por algunos teólogos relevantes <sup>2</sup>. También lo he visto otorgado a Joseph Ratzinger por algún autor <sup>3</sup>. Se trata ciertamente de dos figuras que merecen tal consideración, aunque con motivos y matices diversos. ¿Quién es un “padre de la Iglesia” ? ¿En qué sentido le convendría a Benedicto XVI este título?

Naturalmente Newman y Ratzinger no pueden ser considerados padres de la Iglesia en el sentido estricto en el que la teología católica habla de “padres de la Iglesia”. El propio Ratzinger se ha interesado mucho por la cuestión del significado de aquellas grandes figuras de los primeros siglos del cristianismo para la constitución de la fe cristiana. En su opinión “padres de la Iglesia” son propiamente quienes han enseñado con su doctrina y con su vida a la Iglesia indivisa lo que significa verdaderamente el Evangelio de Jesucristo. Son los grandes teólogos de los primeros ocho siglos: “Die theologische Lehrer der ungeteilten Kirche” <sup>4</sup>.

Aquellos padres tienen un significado específico y permanente en la constitución de la fe. No pueden ser sustituidos por otras figuras, que no podrán llevar el título de padres de la Iglesia en el mismo sentido. A ellos debe la Iglesia para siempre realidades tan decisivas como son: La determinación del canon de la Sagrada Escritura; la elaboración del criterio que guio el discernimiento de los escritos santos, es decir, la *regula fidei* o confesión de fe; las bases de la liturgia cristiana y, no en último lugar, la opción por la razón frente a la costumbre o el mito, que permitió a la fe de Cristo entenderse a sí misma como la verdadera filosofía y desarrollar la gran empresa de la teología como ciencia de la fe <sup>5</sup>.

Sin embargo, según Ratzinger, la gran obra constituyente realizada por los padres de la Iglesia no se debe sólo a su antigüedad. Ellos no son padres por ser antiguos, por estar más cerca del principio en un sentido meramente cronológico. Si pensáramos así, no habríamos abandonado

---

<sup>2</sup> L. Scheffczyk, H. Fries y G. L. Müller, entre otros: Cf. Michael Fiedrowicz, *John Henry Newman und die Kirchenväter. Anti-Liberalismus im Geist der frühen Kirche*, Föhren / Linden 2020, 381.

<sup>3</sup> Justinus Pech, “Ricezione e prospettive in Europa”, en: M. Graulich, M. / R. Weimann, (Eds.), “*Deus caritas est, porta di misericordia. Atti del Simposio Internazionale in occasione del decimo anniversario della pubblicazione* (Roma, 19-20 novembre 2015), LEV, Vaticano 2016, 223-234, 233. - John P. Meier, “Die historische Gestalt Jesu. Der historische Jesus und seine historische Gleichnisse”, en: Chr. Schaller / G. A. Scotti (Eds.), *Die Jesus-Trilogie Benedikts XVI*, Regensburg 2017, 166-185, 166s., escribe que la contribución de Ratzinger a la relación entre exégesis histórica y teología significa “eine Entwicklung der Glaubenslehre” en el sentido de Newman. - Muchos, como el protestante Peter Stuhlmacher, no dudan en calificar a Ratzinger al menos como “un gran Maestro de su Iglesia y de todos los cristianos”: “Das Jesusbuch von Benedikt XVI. Eine kritische Würdigung”, en: J.-H. Tüch (Ed.), *Der Theologenpapst. Eine kritische Würdigung Benedikts XVI*, Freiburg / Basel / Wien 2013, 207-217, 217.

<sup>4</sup> Joseph Ratzinger, “Die Bedeutung der Väter im Aufbau des Glaubens” (1970), en: Joseph Ratzinger, *Gesammelte Schriften* (JRGs) 9/1, 498-521, 514. En su obra cumbre, *Jesús de Nazaret*, Ratzinger acude constantemente al testimonio de “los Padres”, en general: cf. JRGs 6/1, 355, 360, etc. y al de muchos de ellos en particular: dieciséis, según el “Índice onomástico” de la edición española de la BAC, Madrid <sup>5</sup>2021, 625ss.

<sup>5</sup> Cf. L. c., 516-520.

del todo la cosmovisión mítica, que ha sido superada precisamente por la revelación de Jesucristo, un Principio que no privilegia de modo absoluto los orígenes frente al presente y al futuro de la Salvación. Más bien, los padres de la Iglesia son tales, porque en su decisivo momento histórico fueron testigos auténticos de la Tradición. Esto significa para Ratzinger que fueron en su tiempo la respuesta (*Antwort*) adecuada a la Palabra de Dios (*Wort*):

“Palabra (*Wort*) y respuesta (*Antwort*). No son lo mismo, ni tienen el mismo rango ni el mismo poder normativo: La Palabra es siempre lo primero y la respuesta, lo segundo - un orden que no puede ser invertido. Pero, a pesar de que son diferentes y de que no permiten mezcla ninguna, tampoco toleran ser separadas. La Palabra sigue siendo palabra y sigue siendo eficaz en cuanto tal, sólo porque ha encontrado respuesta.”<sup>6</sup>

Si lo determinante para la paternidad de los padres de la Iglesia no es su antigüedad, sino una fidelidad tan grande a la Palabra, que ha hecho de ellos cauces privilegiados de la misma en la historia del Pueblo de Dios, no será imposible hablar de otras figuras que desempeñen una cierta paternidad eclesial en otros momentos de la historia. De hecho, Ratzinger reflexiona sobre el sentido en que un Tomás de Aquino y un Martín Lutero hayan podido jugar tal función<sup>7</sup>.

---

## 1.- LA REVELACIÓN COMO ACONTECIMIENTO PERSONAL, SEGÚN RATZINGER

---

### 1. Palabra encarnada y respuesta de fe en Escritura y Tradición

La teología y la vida de Joseph Ratzinger - ambas de excepcional relevancia eclesial - hacen de él una de esas figuras en nuestros tiempos. Tal vez la razón fundamental por la que Benedicto XVI puede ser considerado un padre de la Iglesia de la Modernidad sea precisamente su especial aportación a una comprensión del hecho de la Revelación cristiana que, siendo perfectamente coherente con la Tradición católica, incorpora, sin embargo, de manera fecunda y efectiva la perspectiva histórica propia de la cultura moderna. La comprensión de la revelación como historia permite entender mejor - como veremos - el lugar específico que los santos desempeñan en ella y en la eclesiología.

Los estudios de Ratzinger sobre la relación entre Escritura y Tradición constituyen una aportación original en este campo. Precisamente su concepto de Tradición como

---

<sup>6</sup> “Wort und Antwort. Beides ist nicht dasselbe, nicht gleichen Ranges, nicht gleicher normierender Kraft: Das Wort bleibt das Erste, die Antwort das Zweite - die Reihenfolge ist nicht umkehrbar. Aber beides, so sehr es verschieden ist und keine Vermengung duldet, lässt doch auch keine Trennung zu. Nur weil das Wort Antwort gefunden hat, ist es überhaupt als Wort stehen geblieben und wirksam geworden”: L. c., 514s.

<sup>7</sup> Cf. L. c., 509s.

actualización y enriquecimiento permanente de la Palabra de Dios, obrada por el Espíritu Santo en cada momento del devenir histórico de la Iglesia, le permite superar una concepción ahistórica y doctrinaria de la Revelación en favor una comprensión histórica y personalista de la misma:

“La fe no puede ser bien comprendida más que en su historia, no como si fuera una construcción sistemática cerrada, que tendría necesariamente que ocultar la esencia histórica de sus propias afirmaciones”<sup>8</sup>.

En esta perspectiva, Ratzinger define la Tradición de esta manera:

“La Tradición no es un compendio de sentencias fijamente acotadas que han de ser transmitidas sin cambio alguno, sino más bien la expresión de cómo la fe de la Iglesia se va apropiando progresivamente de lo que atestigua la Escritura”<sup>9</sup>.

Pero la incorporación a la teología de la perspectiva histórica propia del mundo moderno no conduce en modo alguno en la teología de Ratzinger a una “modernización” del cristianismo, sino más bien a la apertura de nuevas posibilidades para la evangelización de la Modernidad.

El doble movimiento de “apropiación progresiva” y de referencia permanente al acontecimiento “que atestigua la Escritura” permite y exige hablar de una historicidad del dogma - no sólo de una historia del dogma - de tal modo, que ese movimiento no degenera en una disolución del dogma, en una “modernización evacuadora” (*veräußerliche Modernisierung*)<sup>10</sup> del cristianismo.

---

<sup>8</sup> “Nur in der Geschichte des Glaubens ist der Glaube selbst sinnvoll zu erfassen, nicht in einer abgeschlossenen Systemgestalt, die das geschichtliche Wesen ihrer eigenen Aussagen verdecken müsse”: J. Ratzinger, “Das Problem der Dogmenschichte und der Sicht der katholischen Theologie”, en: JRGS 9/1, 553-595, 573. - En este importante estudio Ratzinger presenta su concepción histórica de la revelación como alternativa a las teologías ahistóricas de la revelación; en concreto: tanto la teología católica postridentina y neoescolástica como la teología protestante clásica y contemporánea. Considera que cierta neoescolástica es deudora de la moderna idea del progreso (*Fortschrittsidee*), mientras que cierta teología protestante considera la historia del dogma como la “historia de una de una degradación” - *Verfallsgeschichte* (571).

<sup>9</sup> “Überlieferung [ist] nicht eine Summe fest umrissener und unverändert weiterzugebender Sätze, sondern [sie] bildet den Ausdruck für die fortgehende Aneignung des in der Schrift Bezeugten durch den Glauben der Kirche” L. c., 570.

<sup>10</sup> L. c., 578. - En el diálogo que tuvo lugar después de la conferencia que se encuentra en la base del estudio que estamos citando sobre “El problema de la historia de los dogmas y la visión de la teología católica”, Ratzinger responde al temor expresado por Josef Pieper diciendo: “También a mi me importa que la teología y la predicación no tengan el derecho de ‘modernizar’ siguiendo los impulsos de la época correspondiente, sino que sean responsables de que resplandezca lo propio del asunto originario”: “Auch mir kommt es darauf an, dass Theologie und Verkündigung nicht das Recht zu einer ‘Modernisierung’ nach jeweiligen Zeitimpulse haben, sondern dafür verantwortlich sind, dass die ursprüngliche Sache selbst zur Geltung kommt” (592).

Por el contrario, la perspectiva histórica y personalista de la revelación abre caminos para la evangelización de la Modernidad, porque libera a la teología y a la predicación de esa especie de cápsula en la que el acontecimiento de la Revelación es encerrado por el doctrinarismo ahistórico. La concepción de la historia del dogma como mera explicación doctrinal de la experiencia originaria de fe resulta ambivalente. Por un lado, puede ofrecer progresos en la comprensión del acontecimiento originario; pero, por otro lado, aunque aquella experiencia pueda ser consolidada (*befestigt*) por la explicación doctrinal, resulta también como petrificada (*verfestigt*):

“Puede convertirse en una costra que asfixia la vida; en un esquema que en un primer momento facilita el camino de la vida, pero que después, precisamente por eso, puede también ponerla en peligro y, por fin, vaciarla”<sup>11</sup>.

Hay que notar aquí el paralelismo de esta empresa de Ratzinger con la obra de los padres de la Iglesia. Ellos no “helenizaron” el cristianismo, como les ha achacado una moderna crítica protestante de su teología (y luego también, alguna crítica católica). Al contrario: Los Padres cristianizaron el helenismo. Así lo atestigua la cuádruple obra a la que nos hemos referido, y, en particular, su integración de aspectos importantes de la filosofía helénica en las confesiones de fe, mediante los cuales fueron capaces de expresar el significado profundo del acontecimiento de Cristo en términos griegos resignificados<sup>12</sup>.

## 2. La libertad de la fe y la libertad religiosa y de conciencia

La concepción histórica y personalista de la Revelación defendida por Ratzinger es la misma que enseña el Concilio Vaticano II. No fue él el único teólogo que contribuyó a que el Magisterio conciliar adoptara esa perspectiva, distanciándose de esquemas neoescolásticos. Pero su aportación fue ciertamente decisiva, como ha mostrado sintéticamente Voderholzer<sup>13</sup>; por lo cual es justamente acreedor del título de padre de la Iglesia de la Modernidad.

Antes de tratar de la relevancia que los santos adquieren en esta concepción personalista e histórica de la revelación, conviene apuntar brevemente las consecuencias de la misma en el campo de la libertad religiosa y de la doctrina social de la Iglesia<sup>14</sup>. De este modo resulta

---

<sup>11</sup> “Sie kann zur Kruste werden, die das Leben erstickt; zum Schematismus, der den Lebensvorgang zunächst erleichtert, aber gerade so auch gefährdet und schliesslich entleeren kann”: L. c., 573.

<sup>12</sup> Cf. Kurt Koch, “Vorwärts mit Rückspiegel. Papst Benedikt XVI. im Kreuzfeuer der Kritik”, en: Id., *Das Geheimnis des Senfkorns. Grundzüge des theologischen Denkens von Papst Benedikt XVI*, Regensburg 2010, 159-217, 199ss.

<sup>13</sup> Rudolf Voderholzer, “Der Grundduktus innerhalb der Fundamentaltheologie von Joseph Ratzinger”, en: Heim, M. / Pech, J. C. (Ed.), *Zur Mitte der Theologie im Werk von Joseph Ratzinger / Benedikt XVI*, Regensburg 2013, 40-57.

<sup>14</sup> Cf. Ricardo Calleja Rovira, “Joseph Ratzinger: Religión, razón y Estado liberal”, en: Palacio Martín, J. del / Grañó Ferrer, G. (Eds.), *¿Atenas o Jerusalén? Política, filosofía religión desde 1945*, Madrid 2022, 305-322.

más evidente la relevancia de la enseñanza de nuestro “padre de la Iglesia” en orden a la evangelización de la cultura moderna.

La revelación no sucede plenamente si no es acogida; la libertad juega en ella un papel fundamental. La historia es el campo de la libertad, el campo de la revelación que Dios hace de sí mismo como el Amor creador. No hay amor sin libertad, ni verdadera libertad sin amor. Ahí radica la Verdad del mundo y, en particular, del ser humano, de la que Ratzinger se ha considerado siempre un humilde “cooperador”.

Pues bien, la declaración sobre la libertad religiosa del Concilio tiene su fundamento teológico en estas consideraciones. Lo recordaba Benedicto XVI en el importante discurso de las Navidades de 2005 a la Curia romana:

“El concilio Vaticano II, reconociendo y haciendo suyo, con el decreto sobre la libertad religiosa, un principio esencial del Estado moderno, recogió de nuevo el patrimonio más profundo de la Iglesia. Esta puede ser consciente de que con ello se encuentra en plena sintonía con la enseñanza de Jesús mismo (cf. Mt 22, 21), así como con la Iglesia de los mártires, con los mártires de todos los tiempos.

La Iglesia antigua oraba con naturalidad por los emperadores y por los responsables políticos, considerando esto como un deber suyo (cf. 1 Tm 2, 2); pero, a la vez que oraba por los emperadores, se negaba a adorarlos, y así rechazaba claramente la religión del Estado. Los mártires de la Iglesia primitiva murieron por su fe en el Dios que se había revelado en Jesucristo, y precisamente así murieron también por la libertad de conciencia y por la libertad de profesar la propia fe, una profesión que ningún Estado puede imponer, sino que sólo puede hacerse propia con la gracia de Dios, en libertad de conciencia.

Una Iglesia misionera, consciente de que tiene el deber de anunciar su mensaje a todos los pueblos, necesariamente debe comprometerse en favor de la libertad de la fe. Quiere transmitir el don de la verdad que existe para todos y, al mismo tiempo, asegura a los pueblos y a sus gobiernos que con ello no quiere destruir su identidad y sus culturas, sino que, al contrario, les lleva una respuesta que esperan en lo más íntimo de su ser, una respuesta con la que no se pierde la multiplicidad de las culturas, sino que se promueve la unidad entre los hombres y también la paz entre los pueblos”<sup>15</sup>.

El aprecio de la libertad y de la relevancia de la historia, como lugar propio de aquella, son características de la Modernidad que el Concilio ha querido traer de nuevo a la Iglesia, después de que historia y libertad se hubieran alejado de ella a causa de los cesaropapismos y de los racionalismos escolástico e ilustrado. Es un retorno que significa también para la

---

<sup>15</sup> Benedicto XVI, “Discurso a los cardenales, arzobispos y prelatos superiores de la Curia romana”, Jueves, 22 de diciembre de 2005, [www.vatican.va](http://www.vatican.va). [Sumos Pontífices / Benedicto XVI].

Iglesia una renovación de sí misma, un nuevo acercamiento a su principio en la persona de Logos encarnado. Así renovada, la Iglesia estaría en mejores condiciones para su obra evangelizadora en nuestros tiempos, cual era el propósito del Concilio Vaticano II. Bien entendido que la vuelta de la historia y de la libertad al seno eclesial sucede a través de un discernimiento identificador de lo que no es posible asumir: La Modernidad ha mostrado también hasta la saciedad - en el siglo XX de modo dramático - cuáles son sus propios demonios, instigadores del venenoso sucedáneo de la fe que Benedicto XVI llama la “ideología del progreso”<sup>16</sup>.

---

## 2.- LOS SANTOS, TESTIGOS DE LA REVELACIÓN PARA NUESTRO TIEMPO

---

### 1. La enseñanza del Concilio Vaticano II: en los santos Dios muestra su rostro

La declaración más importante del Magisterio de la Iglesia sobre los santos tal vez sea ésta del Concilio Vaticano II:

“Siempre creyó la Iglesia que los Apóstoles y mártires de Cristo, por haber dado el supremo testimonio de fe y de caridad con el derramamiento de su sangre, nos están más íntimamente unidos en Cristo; les profesó especial veneración junto con la Bienaventurada Virgen y los santos ángeles e imploró piadosamente el auxilio de su intercesión. A éstos pronto fueron agregados también quienes habían imitado más de cerca la virginidad y pobreza de Cristo y, finalmente, todos los demás, cuyo preclaro ejercicio de virtudes cristianas y cuyos carismas divinos los hacían recomendables a la piadosa devoción e imitación de los fieles.

Mirando la vida de quienes siguieron fielmente a Cristo, nuevos motivos nos impulsan a buscar la ciudad futura (cf. Hb 13, 14 y 11, 10) y al mismo tiempo aprendemos el camino más seguro por el que, entre las vicisitudes mundanas, podremos llegar a la perfecta unión con Cristo o santidad, según el estado y condición de cada uno. En la vida de aquellos que, siendo hombres como nosotros, han sido transformados con mayor perfección en imagen de Cristo (cf. 2 Co 3,18), Dios manifiesta al vivo (*vivide*) a los hombres su presencia y su rostro. En ellos El mismo nos habla y nos ofrece un signo de

---

<sup>16</sup> Benedicto XVI no dejó de hablar en el citado discurso de Navidad de 2005 del “discernimiento” necesario, que ha de salir al paso de una inaceptable “modernización” del cristianismo: “El concilio Vaticano II, con la nueva definición de la relación entre la fe de la Iglesia y ciertos elementos esenciales del pensamiento moderno, revisó o incluso corrigió algunas decisiones históricas, pero en esta aparente discontinuidad mantuvo y profundizó su íntima naturaleza y su verdadera identidad. [...] Quienes esperaban que con este “sí” fundamental a la edad moderna todas las tensiones desaparecerían y la “apertura al mundo” así realizada lo transformaría todo en pura armonía, habían subestimado las tensiones interiores y también las contradicciones de la misma edad moderna; habían subestimado la peligrosa fragilidad de la naturaleza humana, que en todos los períodos de la historia y en toda situación histórica es una amenaza para el camino del hombre”. Cf. Juan Antonio Martínez Camino, “La ideología del progreso según Benedicto XVI. Diagnóstico, denuncia y alternativa”, en. Id (Ed.), *La fe en tiempos de pandemia. De la utopía a la esperanza*, Madrid 2021, 13-33.



su reino, hacia el cual somos atraídos poderosamente con tan gran nube de testigos que nos envuelve (cf. Hb 12, 1) y con tan gran testimonio de la verdad del Evangelio”<sup>17</sup>.

Es sorprendente lo que dice el Concilio sobre los santos: Que en ellos “*Dios manifiesta al vivo a los hombres su presencia y su rostro. En ellos El mismo nos habla* y nos ofrece un signo de su reino, hacia el cual somos atraídos poderosamente con tan gran nube de testigos que nos envuelve (cf. Hb 12, 1) y con tan gran testimonio de la verdad del Evangelio. ¡Ningún otro Concilio había enseñado algo así!”<sup>18</sup>.

El Concilio describe a los santos como revelación de Dios. Pues ¿qué es la revelación, si no la manifestación que Dios mismo hace de su presencia y de su rostro a los hombres? Pues bien, justo eso es lo que hace de manera viva (*vivide*) a través de los santos: En esos seres humanos que se han conformado más con Cristo, Dios manifiesta a los hombres su rostro y su presencia en cada momento de la historia.

## 2. Fundamentación teológica, según Balthasar y Ratzinger: el testimonio personal

Pero ¿cómo puede ser esto? ¿En qué sentido pueden unos seres humanos ser medios de la revelación de Dios?

La teología de Joseph Ratzinger y, antes que ella, la de Hans Urs von Balthasar, había ofrecido una respuesta a esta pregunta preparado, al mismo tiempo, el camino para la enseñanza del Concilio que acabamos de recordar<sup>19</sup>.

---

<sup>17</sup> *Lumen gentium* 50.

<sup>18</sup> El Concilio de Trento había sido muy parco al enseñar que es bueno acudir a los santos, que oran por nosotros para alcanzarnos la gracia de Cristo: “sanctos, una cum Christo regnantes, orationes suas pro hominibus Deo offerre; bonum atque utile esse, suppliciter eos invocare et ob beneficia impetranda a Deo per Filium eius Iesum Christum dominum nostrum, qui solus noster redemptor et salvator est, ad eorum orationes, opem auxiliumque confugere.” (Sesión XXV). - En un interesante artículo de 1955, Karl Rahner, “Die Kirche der Heiligen”, en: *Schriften zur Theologie* III, 111-126, observaba que el título del párrafo que Trento dedicaba a los santos era “De cultu sanctorum”, porque efectivamente trataba del culto que les damos a los santos del cielo, pero “no de lo que significaron cuando estaban entre nosotros en la Iglesia peregrina, precisamente cuando se hicieron santos” (112).

<sup>19</sup> Cr. Juan Antonio Martínez Camino, “Misión y misiones de los santos, en especial de los mártires, según H. U. von Balthasar y J. Ratzinger / Benedicto XVI”, in: Id. (Ed.), *Mártires y santos en el centro de la historia. Del Vaticano II a Gaudete et exultate*, Madrid 2021, 103-131. - Sólo conozco dos autores que hayan tratado la cuestión del sentido de los santos en la teología de Ratzinger: Stephan Otto Horn, “Die Bezeugung des Glaubens in der Fundamentaltheologie von Joseph Ratzinger”, en: Heim, M. / Pech, J. C. (Ed.), *Zur Mitte der Theologie im Werk von Joseph Ratzinger / Benedikt XVI*, Regensburg 2013, 58-63; y Kurt Koch, “*Artisten der Heiligkeit. Die Heiligen und die Theologie im Denken von Joseph Ratzinger*”, en: Id., *Bund zwischen Liebe und Vernunft. Zum Theologischen Erbe von Papst Benedikt XVI*, Freiburg / Basel / Wien 2016, 94-114. - Koch (94, nota 4) se admira de que un tema tan importante en la teología de Ratzinger, como es el de los santos, no haya sido advertido ni tratado apenas por nadie, hasta el punto de que en *Das Werk* (Augsburg 2009), una impresionante bibliografía de y sobre Ratzinger, los conceptos “santo” y “santidad” ni siquiera aparecen en los índices temáticos. Pero tampoco Horn y Koch tratan expresamente sobre la relación existente entre los santos y la revelación de Dios.

En 1948, en la Introducción a su libro sobre Santa Teresa de Lisieux, Balthasar había escrito lo siguiente sobre los santos:

“Para el pueblo ellos son sobre todo una nueva forma de imitación de Cristo en la vida, dada por el Espíritu Santo, una imagen y ejemplificación del Evangelio en la vida diaria. Para el teólogo, esos santos son más bien una nueva exposición de la revelación, un enriquecimiento de la doctrina, en torno a rasgos poco observados hasta ahora. Aun cuando ellos mismos no fueran teólogos o sabios, su existencia, como totalidad, es un fenómeno teológico que encierra en sí una doctrina viva, fecunda y adaptada a la época. Ciertamente que no está nadie obligado a venerar a un santo, a creer en un milagro o revelación privada concreta, a admitir una palabra o una doctrina de un santo como exposición auténtica de la revelación de Dios. Pero no se trata aquí de esa acotación negativa, que pone a salvo lo absoluto y único de la revelación de Cristo. Se trata de un trozo vivo y esencial de la tradición que estos santos representan, de aquella *tradición de la Iglesia* que nos muestra a través de todos los siglos la acción vivificante de Espíritu Santo en la exposición de la revelación de Cristo consignada en la Escritura. Esta exposición no cabe duda que se cumple, por un lado, por el ministerio de los apóstoles, es decir, de la jerarquía; pero se realiza también, de modo no menos penetrante, por medio de los santos, que son el *Evangelio viviente*”<sup>20</sup>.

En los santos, pues, toma cuerpo el Evangelio. Naturalmente no como Cristo es en persona el Evangelio de Dios. Pero sí en cuanto que se han dejado configurar con Él, respondiendo libremente a su llamada a seguirlo, cada uno a su modo, en las circunstancias concretas de su vida. Por eso, según Balthasar, los santos son portadores de la Sagrada Tradición viva de la Iglesia, por la cual, junto con la Sagrada Escritura, se actualiza la Revelación de Dios en Jesucristo<sup>21</sup>.

---

<sup>20</sup> Hans Urs von Balthasar, *Teresa de Lisieux. Historia de una misión* (1950), Barcelona 1957, <sup>4</sup>1998, 21s. Balthasar revisó el texto en 1970, al incluirlo en un nuevo libro, titulado *Schwestern im Geist. Therese von Lisieux und Elisabeth von Dijon*, en el que recogía también su obra de 1959 sobre Isabel de la Trinidad. De este libro se ha traducido la “Introducción” en: Ciro García, *Isabel de la Trinidad. Experiencia de Dios en su vida y escritos*, Burgos 2006, 469-478. - Sabemos que el manuscrito del libro sobre santa Teresa de Lisieux estaba ya terminado en 1948: Cf. Manfred Lochbrunner, *Hans Urs von Balthasar 1905-1988. Die Biographie eines Jahrhunderttheologen*, Würzburg 2020, 302s. En 1948 Balthasar escribió también su famoso artículo “Theologie und Heiligkeit”, in: Id., *Verbum caro. Skizzen zur Theologie I*, Einsiedeln 1960, 195-225. Pero la descripción de los santos como *Evangelio vivo* se encontraba ya en la obra de Juan González Arintero, OP, *Desarrollo y vitalidad de la Iglesia. II. Evolución doctrinal* (Salamanca 1901), Edición de Arturo Alonso Lobo, OP, Madrid 1975, 383.

<sup>21</sup> Cf. Hans Urs von Balthasar, *Gloria I*, 309: “Este fundamento de la unidad de la Iglesia [el Espíritu de Cristo y de Dios, que une a los individuos sobreelevándolos interiormente] sólo deviene concreto en sus miembros, y, dado que algunos de estos miembros poseen experiencias arquetípicas, que entregan al tesoro común de la *communio sanctorum*, para que redunden en beneficio de todos, nada se opone a que atribuyamos a la Iglesia una experiencia semejante. Pero la experiencia arquetípica de cada uno de los miembros solo es una participación privilegiada en la experiencia de Dios que posee Cristo y en la cual todo se apoya”.

También Joseph Ratzinger había escrito ya 1961 de modo semejante sobre los santos como actualización personal de Cristo en cada época de la historia de la Iglesia:

“La unicidad singular del acontecimiento de Cristo no devalúa la vida de cada ser humano, sino que le da parte en la fuerza de su propia Presencia. En las grandes figuras de la fe, desde Policarpo hasta Kolbe, se hace real, se hace visible lo que significa vivir en el seguimiento de Cristo, cuál es la exigencia y la esperanza de esa vida. Todos ellos son interpretación actual de Jesucristo, el cual toma forma concreta en sus vidas. [...] (Son) prueba de lo que vale la llamada de Cristo a través de los siglos, surcados por tanta sangre y por tantas lágrimas. Sólo cuando volvamos a descubrir a los santos, volveremos también a encontrarnos con la Iglesia; y entonces, en ella, con Cristo mismo, viviente en medio de tantas oscuridades, que ya no muere más y que no nos ha dejado huérfanos. En resumen: *una predicación cristocéntrica es una predicación de la historia de la salvación sobre el trasfondo de la acción de Dios en sus santos, desde Abrahán hasta el día de hoy*”<sup>22</sup>.

En efecto, el Espíritu Santo actúa constantemente en los santos de modo que nunca falte en la historia de la Iglesia una respuesta alta, clara y hermosa (*Antwort*) a la Palabra de Dios, hecha carne en Jesucristo (*Wort*). Ratzinger volvió a tocar este mismo tema aquel mismo año de 1961, en la famosa conferencia que el cardenal Frings le pidió que le escribiera para el simposio de Génova en el que el cardenal Siri pidió a los conferenciantes que hablaran sobre el *aggiornamento* que Juan XXIII había señalado como objeto del Concilio que pensaba convocar<sup>23</sup>.

Tarea del Concilio sería acercar de nuevo el Evangelio eterno de Jesucristo a los hombres de los tiempos modernos. Para ello - según Ratzinger - sería necesario identificar “entre los errores de este tiempo algunos valores atractivos para los contemporáneos y ... proponerlos de nuevo a una luz verdadera”. Ratzinger pensaba ya entonces que tales valores son, por una parte, “la aspiración de los hombres a una gran esperanza capaz de ofrecer sostén, a una promesa no sólo para ellos mismos, sino para toda la Humanidad, para la Tierra, para el mundo en su conjunto”; tal aspiración es la que se oculta en las grandes ideologías mesiánicas, como el marxismo; y, por otra parte, ahí está “la idea de la tolerancia, del respeto a la libertad de conciencia de los otros”<sup>24</sup>, la cual se encuentra sobre todo en la ideología del liberalismo.

---

<sup>22</sup> “Christozentrik in der Verkündigung?” (1961/1973), en: JRGS 6/2, 647-667, 663s. Traducción propia. También: “Cristocentrismo en el anuncio de la Palabra?”, en: Joseph Ratzinger, *Obras completas* (JROC) VI/2, 620-639, 636; y: “¿Cristocentrismo en la predicación?”, en: Joseph Ratzinger: *Palabra en la Iglesia*, Salamanca 1976, 35-54, 51s.

<sup>23</sup> Cf. “Das Konzil und die moderne Gedankenwelt”, en: JRGS 7/1, 73-91. “El concilio y el mundo de las ideas modernas” (1961), en: JROC VI/1, 35-54.

<sup>24</sup> L. c., 87-89. Traducción propia.

Pues bien, según Ratzinger, la Iglesia del tiempo del Concilio se encuentra particularmente bien preparada para responder a estas dos expectativas de la Modernidad por dos importantes razones. La primera, porque, gracias a los movimientos mariano y litúrgico, el Espíritu Santo la ha llevado a redescubrirse a sí misma como *communio sanctorum*, como comunión de los santos. La segunda, porque, al haberse convertido en el siglo XX como nunca antes en una “Iglesia de mártires”, se le ha ofrecido un poderoso testimonio acerca de esa esencia suya más propia <sup>25</sup>.

“Cada vez resulta más claro que María no se entiende sola, aislada en sí misma, sino que es más bien el prototipo y la imagen de la Mater ecclesia. Ella es el signo vivo de que el fiel cristiano no se encuentra solo frente a Dios, de que la fe cristiana no consiste nunca en un “Cristo y yo”, sino que ahí está siempre presente el misterio mariano, por el cual el yo se halla siempre inserto en la entera comunión de los santos, cuyo centro es María, la madre del Señor. Ella es el signo de que Cristo no quiso quedarse solo, sino que la Humanidad salvada, creyente, se ha hecho un cuerpo con Él. [...] María apunta así a la Iglesia, a la comunión de los santos, que se reúne orante en la Liturgia” <sup>26</sup>.

Ratzinger escribía entonces que a través de “siglos de sangre y lágrimas” los santos se habían mostrado como portadores de la esperanza del Evangelio, especialmente en el siglo XX:

“A la Iglesia también se le ha exigido en este tiempo nuestro el mayor testimonio: el testimonio del dolor. No se debe olvidar nunca que el último medio siglo produjo él solo más mártires que los tres siglos de las persecuciones romanas contra los cristianos. ¿Deberíamos sentirnos acaso abandonados de Dios en un siglo que es capaz de semejantes testimonios? ¿Deberíamos quejarnos todavía de pobreza de fe y de fatiga de la Iglesia? Que la Iglesia siga siendo aún, y más que nunca, Iglesia de mártires es la garantía de que la fuerza del Espíritu Santo sigue viviendo todavía en ella sin mengua. El signo del dolor es el signo de su vida invencible. Servir a esa vida será la tarea del próximo concilio, que, como concilio de renovación, tendrá menos la tarea de formular doctrinas que la de hacer posible de manera nueva y más profunda el testimonio de la vida cristiana en el mundo de hoy, a fin de que se demuestre verdaderamente que Cristo no es solamente ‘Cristo ayer’, sino el único Cristo ‘ayer, hoy y siempre’ (Hb 13, 8)” <sup>27</sup>.

En 1986 el cardenal Ratzinger aclaraba más cómo en los mártires y todos los santos se hace presente la fuerza viva de la revelación de Dios:

---

<sup>25</sup> Cf. L. c., 90-91.

<sup>26</sup> L. c., 90s.

<sup>27</sup> L. c., 91.

“Jesús, que conoce a Dios de primera mano, que lo ve, es por eso el verdadero mediador entre Dios y el hombre. Su visión humana de la realidad divina es fuente de luz para todos. Pero tampoco a Jesús lo hemos de contemplar aislado ni lo hemos de recluir en un lejano pasado histórico [...] La luz de Jesús se refleja en los santos y, a su vez, destella de nuevo desde ellos. Pero “santos” no son sólo las personas canonizadas nominalmente. Siempre hay santos que viven ocultos entre nosotros, que estando en comunión con Jesús reciben un rayo de su resplandor, una experiencia concreta y real de Dios”<sup>28</sup>.

Jesucristo se hace presente en la Iglesia por medio de los santos, aunque, naturalmente no sólo por ellos. Así, constituyen un aspecto importante de la Tradición viva de la Iglesia. La Iglesia es santa en los santos, unidos al Santo de los santos. Ella es la comunión de los santos, en cuyo seno nos hacemos cristianos, es decir, somos configurados según la imagen de Cristo. En 1990 el cardenal Ratzinger habló de esto con gran fuerza en Rímíni:

“Se trata - decía - de un acontecimiento de muerte y de nacimiento. Yo soy arrancado de mi aislamiento y soy admitido en una nueva comunidad-sujeto; mi yo es insertado en el yo de Cristo y, de este modo, es vinculado al de todos aquellos hermanos míos que, como yo, llevan también su imagen. [...] El radio de esa hermandad de camino de la que pasamos a formar parte por la fe, llega más allá... más allá de las fronteras de la muerte. A ella pertenecen todos los santos: desde Abel, Abraham y todos los testigos de la esperanza de los que nos habla el Antiguo Testamento, pasando por María, la madre del Señor, los apóstoles, Tomás Becket y Tomás Moro, hasta Maximiliano Kolbe, Edith Stein y el padre Pío y la madre Teresa. A la Iglesia pertenecen todos esos conocidos y desconocidos, ‘cuya fe nadie conoce más que Él’; a ella pertenecen todos los seres humanos de todas las épocas, cuyo corazón está puesto en Cristo, por el amor y la esperanza, en Él, ‘que es el iniciador y consumidor de nuestra fe’, como lo llama la Carta a los Hebreos (12, 2). No son las mayorías casuales que se pueden juntar aquí o allá en la Iglesia las que deciden el camino de ésta y el nuestro: son ellos, los santos, los que constituyen la mayoría verdadera, la decisiva, por la que nos regimos<sup>29</sup>. A ellos nos atenemos. Ellos traducen lo divino en lo humano, lo eterno en lo temporal. Ellos son para nosotros los maestros del arte de ser hombres que no nos abandonan en el dolor y en la soledad; los que van con nosotros incluso en la hora de la muerte. [...]

---

<sup>28</sup> “Auf Christus schauen. Einübung in Glaube, Hoffnung und Liebe” (1986), en: JRGS 4, 403-485, 424. - “Mirar a Cristo. Ejercicios de fe, esperanza y amor”, en: JROC IV, 368-447, 387.

<sup>29</sup> Como él mismo revelaba en junio del mismo año de 1990, en una homilía pronunciada en Munich, Ratzinger toma esta idea de santo Tomás Moro, el cual respondió a su mujer que, manteniendo “tercamente” una postura diferente a la de casi todos los nobles y los obispos de Inglaterra, no se encontraba solo, sino en la gran comunión de los santos: cf. JRGS 14/2, 1116s. La respuesta del santo mártir inglés se halla en la carta de agosto de 1534 de Margaret Roper a Alice Alington: cf. *The Essential Works of Thomas More*, ed. por G. B. Begemer y S. W. Smith, New Haven - Londres 2020, 1310ss, esp. 1318. Una traducción española en: Tomás Moro, *Últimas cartas (1532-1535)*, ed. por A. Silva, Barcelona 2010, 103ss, esp. 121.

Las figuras de los mártires de todos los siglos, pero especialmente las de los mártires del siglo XX, que fue un siglo de mártires más que todos los precedentes, nos llevan por fin a un último paso. La vida abarca más que nuestra existencia biológica. Cuando no hay nada por lo que merece la pena morir, también la vida deja de merecer la pena”<sup>30</sup>.

### 3. La enseñanza madura del papa Ratzinger: *Spe salvi* y Jesús de Nazaret

Los santos son “prueba” de que la promesa del Evangelio se cumple, es verdadera. Benedicto XVI, ha señalado que, por eso, ellos son una respuesta a la pregunta del hombre moderno por una gran esperanza que vaya más allá de las falsas promesas de las ideologías utópicas de nuestro tiempo. Lo ha hecho con especial claridad y autoridad en la encíclica *Spe salvi*, en la que aborda la cuestión de la esperanza como aspiración humana y como virtud teologal. Esta virtud, basada en la cruz y resurrección del Señor, es verdaderamente capaz de ofrecer una respuesta precisamente a la persona concreta que sufre y a tantas víctimas inocentes, en particular, a la muchedumbre de ellas en el siglo XX<sup>31</sup>. Leemos en *Spe salvi*:

“El autor [de la Carta a los Hebreos] les habla a los creyentes que han padecido la experiencia de la persecución y les dice: ‘Compartisteis el sufrimiento de los encarcelados, aceptasteis con alegría que os confiscaran los bienes (*hyparchonton – bonorum*), sabiendo que teníais bienes mejores y permanentes (*hyparxin – substantiam*)’. [...] La seguridad normal para la vida se la han quitado a los cristianos durante la persecución. Lo han soportado, porque después de todo consideraban irrelevante esta sustancia material. Podían dejarla porque habían encontrado una ‘base’ mejor para su existencia, una base que perdura y que nadie puede quitar. [...] La fe otorga a la vida una base nueva, un nuevo fundamento sobre el que el hombre puede apoyarse, de tal manera que el fundamento habitual, la confianza en la renta material, queda relativizado. Surge una nueva libertad frente este fundamento de la vida, que sólo aparentemente es capaz de sustentarla, aunque con ello no se niega ciertamente su sentido normal.

Esta nueva libertad, la conciencia de la nueva ‘sustancia’ que se nos ha dado, se ha puesto de manifiesto no sólo en el martirio, en el cual las personas se han opuesto a la prepotencia de la ideología y de sus órganos políticos, renovando el mundo con su muerte. También se ha manifestado sobre todo en las grandes renunciaciones, desde los

---

<sup>30</sup> *Eine Gemeinschaft auf dem Weg. Von der Kirche und ihrer immerwährenden Erneuerung*, en: JRGS 8/2, 1216-1230, 1228ss. La traducción española, recogida en Joseph Ratzinger, *La Iglesia, una comunidad siempre en camino*, Madrid 1992, no trae los interesantes añadidos que el Autor hizo en redacciones posteriores (2000), según documenta JRGS, que es la redacción que traducimos aquí. No trae, por ejemplo, la referencia a los mártires del siglo XX. Pero contamos también ya con la traducción de “Una comunidad en camino. De la Iglesia y su permanente renovación”, en: JROC VIII/2, 1186-1201, 1199s.

<sup>31</sup> Cf. Juan Antonio Martínez Camino, “La ideología del progreso según Benedicto XVI. Diagnóstico, denuncia y alternativa”, en. Id (Ed.), *La fe en tiempos de pandemia. De la utopía a la esperanza*, Madrid 2021, 13-33.

monjes de la antigüedad hasta Francisco de Asís, y a las personas de nuestro tiempo que, en los Institutos y Movimientos religiosos modernos, han dejado todo por amor de Cristo para llevar a los hombres la fe y el amor de Cristo, para ayudar a las personas que sufren en el cuerpo y en el alma. En estos casos se ha comprobado que la nueva ‘sustancia’ es realmente ‘sustancia’; de la esperanza de estas personas tocadas por Cristo ha brotado esperanza para otros que vivían en la oscuridad y sin esperanza. En ellos se ha demostrado que esta nueva vida posee realmente ‘sustancia’ y es una ‘sustancia’ que suscita vida para los demás. Para nosotros, que contemplamos estas figuras, su vida y su comportamiento son de hecho una ‘prueba’ de que las realidades futuras, la promesa de Cristo, no es solamente una realidad esperada, sino una verdadera presencia: Él es realmente el ‘filósofo’ y el ‘pastor’ que nos indica qué es y dónde está la vida”<sup>32</sup>.

En su último y tan querido libro *Jesús de Nazaret*, el papa Ratzinger habla también repetidamente de los santos. Los aduce como las figuras señeras en las que, a lo largo de la historia de la Iglesia, se sigue realizando aquella libertad verdadera de Jesús de la que da testimonio la Escritura Santa; libertad que, con su potencial crítico, hace de los santos verdaderos reformadores de la Iglesia.

“Para ser la comunidad de los pobres de Jesús, la Iglesia necesita continuamente a las grandes figuras que saben renunciar; necesita las comunidades de quienes lo siguen viviendo la pobreza y la sencillez, mostrándonos así la verdad de las Bienaventuranzas y despertando a todos para entender la propiedad sólo como servicio, para hacer frente a la cultura del tener desde una cultura de la libertad interior y también para, de este modo, crear los presupuestos de la justicia social. [Es bueno que nos] volvamos a esa figura de la historia de la fe en la que las Bienaventuranzas se tradujeron del modo más denso en una existencia humana: Francisco de Asís. Los santos son los verdaderos intérpretes de la Sagrada Escritura. El significado de una palabra es entendido del mejor modo posible en las personas que se han dejado atrapar del todo por ella y la han vivido. La interpretación de la Escritura no puede ser un asunto puramente académico y no puede ser relegada a lo puramente histórico. La Escritura trae consigo un potencial de futuro que sólo se manifiesta cuando sus palabras son completamente vividas y sufridas. Francisco de Asís asumió con total radicalidad la promesa de esa Palabra [...] un correctivo para la Iglesia de su tiempo, que con el sistema feudal había perdido la libertad y el dinamismo de la misión que está de camino; una suprema apertura interior para Cristo, con el que fue plenamente configurado, herido por los estigmas, de modo que

---

<sup>32</sup> *Spe salvi* (2007) 8.

entonces verdaderamente ya no vivía él mismo su propio ser él mismo, sino que, como uno que ha nacido de nuevo, existía totalmente en y desde Cristo”<sup>33</sup>. [...]

“Hemos visto que el Sermón del monte es una cristología oculta. Detrás de él está la figura de Cristo, el hombre que es Dios, pero que, precisamente por eso, desciende, se vacía de sí mismo, hasta la muerte en la cruz. Los santos, desde Pablo, pasando por Francisco de Asís, hasta la Madre Teresa, han vivido esa opción y así nos han mostrado la imagen correcta del ser humano y su felicidad”<sup>34</sup>.

En *Jesús de Nazaret* Ratzinger presenta a los santos sobre todo como testigos de la cruz y resurrección de Jesús. Son precisamente ellos quienes han superado las tentaciones de cada época, verificando así el mensaje evangélico:

“¿No deberíamos pensar a este propósito que Dios ha echado sobre los hombres que le están especialmente cercanos, los grandes santos, desde Antonio, en el desierto, hasta Teresa de Lisieux, en su piadoso Carmelo, una carga de tentaciones especialmente pesada? Ellos son, por así decirlo, parte del cortejo de Job, como apología del hombre y, al mismo tiempo, de Dios. Más aún: Ellos están de modo especialísimo en comunión con Jesucristo, que ha sufrido a fondo nuestras tentaciones. Ellos están llamados, por así decirlo, a *superar las tentaciones de su tiempo* en su propio cuerpo, en su propia alma; a soportarlas por nosotros, los mortales corrientes, y a ayudarnos a acercarnos en medio de ellas a Aquel que ha echado sobre sí todas nuestras cargas”<sup>35</sup>.

[...]

“La Iglesia, guiada por el mensaje apostólico, viviendo y sufriendo el Evangelio, ha ido aprendiendo a comprender cada vez más el misterio de la cruz, aun cuando éste no pueda ser diseccionado en fórmulas propias de nuestro entendimiento: La oscuridad, la ilogicidad del pecado y la claridad de Dios, demasiado clara para nuestros ojos, se encuentran en la cruz: algo que supera nuestra lógica. Sin embargo, ese gran misterio se ha vuelto completamente luminoso en el mensaje del Nuevo Testamento y *en su verificación en la vida de los santos*”<sup>36</sup>.

En la última página del *Jesús de Nazaret*, Ratzinger presenta a los santos como mediadores de la presencia de Jesucristo en cada momento de la historia. No es necesario esperar a su

---

<sup>33</sup> “Jesus von Nazaret”, en: JRGS 6/1, 196, 197f. Traducción propia. Cf. “Jesús de Nazaret”, JROC VI/1, 164-166 y Joseph Ratzinger, *Jesús de Nazaret*, BAC, Madrid 2015, 52021, 165s.

<sup>34</sup> JRGS 6/1, 213. Cf. JROC VI/1, 181s. y *Jesús de Nazaret*, 181s.

<sup>35</sup> JRGS 6/1, 264s. Cf. JROC VI/1, 233 y *Jesús de Nazaret*, 233.

<sup>36</sup> JRGS 6/1, 595s. Cf. JROC VI/1, 567 y *Jesús de Nazaret*, 567.



última venida, podemos encontrar a Jesucristo en los santos y también en los santos que hemos de pedir y descubrir en nuestro tiempo:

“Esa “venida intermedia” de Jesús [que, según san Bernardo, sucede entre la primera venida en la carne y la segunda en la gloria] acontece de muchas maneras: El Señor viene en su palabra, viene en los sacramentos, especialmente en la santísima Eucaristía, viene a mi vida a través de palabras y de acontecimientos.

Pero viene también de modos que hacen época [que marcan la historia]. La actuación y el impacto de aquellas dos grandes figuras de los siglos XII y XIII, Francisco y Domingo, fue un modo por el que Cristo entró de nuevo en la historia, por el que hizo valer otra vez su palabra y su amor; un modo de renovar su Iglesia y de mover la historia hacia Él. Algo parecido podemos decir de las grandes figuras del siglo XVI: Teresa de Ávila, Juan de la Cruz, Ignacio de Loyola, Francisco Javier traen consigo nuevas irrupciones del Señor en la historia confusa de su siglo, que se estaba apartando de Él. Su misterio y su figura aparecen de nuevo y, sobre todo, se hace de nuevo presente su poder, capaz de cambiar a los hombres y modelar la historia. [...] ¿Por qué no habríamos de pedirle que nos envíe también hoy nuevos testigos de su presencia, en los que Él mismo venga?”<sup>37</sup>

## EN SÍNTESIS

---

1. Parece justo considerar a Benedicto XVI como un “padre de la Iglesia” de los tiempos modernos, porque - como teólogo, obispo y papa - ha sido un maestro para todos los cristianos que ha contribuido decisivamente a identificar los retos que los tiempos actuales le plantean a la Iglesia y, sobre todo, a darles una respuesta teológica bien fundada en orden a facilitar el camino de la evangelización de la cultura moderna.
2. Benedicto XVI, facilitando con más decisión una comprensión de la revelación de Dios en Jesucristo como un acontecimiento personal, ha asumido de modo teológicamente crítico la particular conciencia moderna de la historia, que le otorga a la libertad humana un significado mayor.
3. En cuanto acontecimiento personal, la Revelación no es reducible ni a la Sagrada Escritura ni a una Tradición concebida como compendio de meras doctrinas añadidas a la Escritura. Escritura y Tradición, según Ratzinger, se relacionan más bien entre ellas como Palabra y Respuesta (*Wort und Antwort*), o sea, como los medios material y formal de la comunicación

---

<sup>37</sup> JRGS 6/1, 635s. Cf. JROC VI/1, 606s y *Jesús de Nazaret*, 606s.

del acontecimiento único de la revelación en la Palabra encarnada, del que Escritura y Tradición son testigos.

4. La apropiación personal y viva (*vivide*) de la Revelación que aconteció y acontece en Jesucristo, según atestigua la Escritura Santa, la realiza la Sagrada Tradición tanto por medio de los sacramentos y del magisterio ofrecidos en la Iglesia por el ministerio apostólico, como por medio de la vida de los santos, los cuales no dejan de responder de modo inculturado a la misión salvífica de Dios en cada momento de la historia, haciendo verdadera en cada cultura la realidad de la Iglesia como *communio sanctorum*.

5. Los santos, en cuanto especiales testigos personales de la presencia del Señor crucificado y resucitado en todas las encrucijadas de la historia de la Iglesia, son para cada época una prueba especial de la verdad del Evangelio. En nuestros tiempos muestran, en particular, que la gran esperanza buscada por el hombre moderno para poder habitar con sentido un mundo lacerado por tanta violencia y surcado por tantas lágrimas se halla en la esperanza de la Salvación de Dios. Al mismo tiempo, ellos son testigos de la libertad y de la felicidad del Evangelio de la Salvación.

6. Esta ha sido la enseñanza de Benedicto XVI a lo largo de su fecunda vida, en especial, en la encíclica *Spe salvi*, en el libro *Jesús de Nazaret* y en su impresionante serie de catequesis sobre la sucesión apostólica y sobre los santos en la Iglesia.